



Apuntes
de
Escolar.com

Alejandro Dumas
EL HOMBRE DE LA MASCARA DE HIERRO

INDICE

Tres comensales admirados de comer juntos
¡A palacio y a escape!
Un negocio arreglado por M. de D'Artagnan
En donde Porthos se convence sin haber comprendido
La sociedad de Baisemeaux
El preso
La colmena, las abejas y la miel
Otra cena en la Bastilla
El general de la orden
El tentador
Corona y tiara
El castillo de Vaux
El vino de Melún
Néctar y ambrosía
La habitación de Morfeo
Colbert
Celos
Lesá majestad
Una noche en la Bastilla
La sombra de Fouquet
La mañana
El amigo del rey
Cómo se respeta la consigna en la Bastilla
El reconocimiento del rey
El falso rey.
En el que Porthos cree que corre tras un Ducado
El último adiós
Beaufort
Preparativos de marcha
El inventario de M. de Beaufort La fuente de plata
Prisionero y carceleros
Las promesas
Entre mujeres
La cena
Consejos de amigo
Cómo el rey Luis XIV hizo su pequeño papel
El caballo blanco y el caballo negro
En el cual la ardilla cae y la culebra vuela
Belle-Isle-en-Mer
Las explicaciones de Aramis
La despedida de Porthos
El hijo de Biscarrat
La gruta de Locmaria
En la gruta

Un canto de Hornero
La muerte de un titán
El epitafio de Porthos
El rey Luis XIV
Los amigos de M. Fouquet
El testamento de Porthos
¡Padre, padre!
El Ángel de la muerte
El último canto del poema
Epílogo
La muerte de D'Artagnan

TRES COMENSALES ADMIRADOS DE COMER JUNTOS

Al llegar la carroza ante la puerta primera de la Bastilla, se paró a intimación de un centinela, pero en cuanto D'Artagnan hubo dicho dos palabras, levantóse la consigna y la carroza entró y tomó hacia el patio del gobierno.

D'Artagnan, cuya mirada de lince lo veía todo, aun al través de los muros, exclamó de repente:

—¿Qué veo?

—¿Qué veis, amigo mío? —preguntó Athos con tranquilidad.

—Mirad allá abajo.

—¿En el patio?

—Sí, pronto.

—Veo una carroza; habrán traído algún desventurado preso como yo.

—Apostaría que es él, Athos.

—¿Quién?

—Aramis.

—¡Qué! ¿Aramis preso? No puede ser.

—Yo no os digo que esté preso, pues en la carroza no va nadie más.

—¿Qué hace aquí, pues?

—Conoce al gobernador Baisemeaux, —respondió D'Artagnan con socarronería: —llegamos a tiempo.

—¿Para qué?

—Para ver.

—Siento de veras este encuentro, —repuso Athos, —al verme, Aramis se sentirá contrariado, primeramente de verme, y luego de ser visto.

—Muy bien hablado.

—Por desgracia, cuando uno encuentra a alguien en la Bastilla, no hay modo de retroceder.

—Se me ocurre una idea, Athos, —repuso el mosquetero; — hagamos por evitar la contrariedad de Aramis.

—¿De qué manera?

—Haciendo lo que yo os diga, o más bien dejando que yo me explique a mi modo. No quiero recomendaros que mintáis, pues os sería imposible.

—Entonces?...

—Yo mentiré por dos,, como gascón que soy.

Athos se sonrió.

Entretanto la carroza se detuvo al pie de la puerta del gobierno.

—¿De acuerdo? —preguntó D'Artagnan en voz queda,

Athos hizo una señal afirmativa con la cabeza, y, junto con D'Artagnan, echó escalera arriba.

—¿Por qué casualidad?... —dijo Aramis. —Eso iba yo a preguntaros,—interrumpió D'Artagnan.

—¿Acaso nos constituimos presos todos? —exclamó Aramis esforzándose en reírse.

—¡Je! eje! —exclamó el mosquetero, —la verdad es que las paredes huelen a prisión, que apesta. Señor de Baisemeaux, supongo que no habéis olvidado que el otro día me convidasteis a comer.

—¡Yo! —exclamó el gobernador.

—¡Hombre! no parece sino que os toma de sorpresa. ¿Vos no lo recordáis?

Baisemeaux, miró a Aramis, que a su vez le miró también a él, y acabó por decir con tartamuda lengua:

—Es verdad... me alegro... pero... palabra... que no... ¡Maldita sea mi memoria!

—De eso tengo yo la culpa, —exclamó D'Artagnan haciendo que se enfadaba.
 —¿De qué?
 —De acordarme por lo que se ve.
 —No os formalicéis, capitán, —dijo Baisemeaux abalanzándose al gascón; —soy el hombre más desmemoriado del reino. Sacadme de mi palomar, y no soy bueno para nada.
 —Bueno, el caso es que ahora lo recordáis, ¿no es eso? —repuso D'Artagnan con la mayor impasibilidad.
 —Sí, lo recuerdo,—respondió Baisemeaux titubeando.
 —Fue en palacio donde me contasteis qué sé yo que cuentos de cuentas con los señores Louviers y Tremblay.
 —Ya, ya. —Y respecto a las atenciones del señor de Herblay para con vos.
 —¡Ah! —exclamó Aramis mirando de hito en hito al gobernador, —¿y vos decís que no tenéis memoria, señor Baisemeaux?
 —Sí, esto es, tenéis razón, —dijo el gobernador interrumpiendo a D'Artagnan, —os pido mil perdones. Pero tened por entendido señor de D'Artagnan que, convidado o no, ahora y mañana, y siempre, sois el amo de mi casa, como también lo son el señor de Herblay y el caballero que os acompaña.
 —Esto ya lo daba yo por sobreentendido, —repuso D'Artagnan; —y como esta tarde nada tengo que hacer en palacio, venía para catar vuestra comida, cuando por el camino me he encontrado con el señor conde. Athos asintió con la cabeza.
 —Pues sí, el señor conde, que acababa de ver al rey, me ha entregado una orden que exige pronta ejecución; y como nos encontrábamos aquí cerca, he entrado para estrecharos la mano y presentaros al caballero, de quien me hablasteis tan ventajosamente en palacio la noche misma en que...
 Ya sé, ya sé. El caballero es el conde de La Fere, ¿no es verdad?
 —El mismo.
 —Bien llegado sea el señor conde, —dijo Baisemeaux.
 —Se queda a comer con vosotros, —prosiguió D'Artagnan, — mientras yo, voy adonde me llama el servicio. Y suspirando como Porthos pudiera haberlo hecho, añadió: —¡Oh vosotros, felices mortales!
 —¡Qué! ¿os vais? —dijeron Aramis y Baisemeaux a una e impulsados por la alegría que les proporcionaba aquella sorpresa, y que no fue echada en saco roto por el gascón.
 —En mi lugar os dejo un comensal noble y bueno.
 —¡Cómo! —exclamó el gobernador, ¿os perdemos?
 —Os pido una hora u hora y media. Estaré de vuelta a los postres.
 —Os aguardaremos, —dijo Baisemeaux.
 —Me disgustaríais.
 —¿Volveréis? —preguntó Athos con acento de duda.
 —Sí, —respondió D'Artagnan estrechando confidencialmente la mano a su amigo. Y en voz baja, añadió: —Aguardadme, poned buena cara, y sobre todo no habléis más que de cosas triviales.
 Baisemeaux condujo a D'Artagnan hasta la puerta. Aramis, decidido a sonsacar a Athos, le colmó de halagos, pero Athos poseía en grado eminentísimo todas las virtudes. De exigirle la necesidad, hubiera sido el primer orador del mundo, pero también habría muerto sin articular una sílaba, de requerirlo las circunstancias.
 Los tres comensales se sentaron, a una mesa servida con el más substancial lujo gastronómico.
 Baisemeaux fue el único que tragó de veras; Aramis picó todos los platos, Athos sólo comió sopa y una porcioncilla de los entremeses. La conversación fue lo que debía ser entre hombres tan opuestos de carácter y de proyectos.
 Aramis no cesó de preguntarse por qué singular coincidencia se encontraba Athos en casa de Baisemeaux, cuando D'Artagnan estaba ausente, y por qué estaba ausente D'Artagnan, y Athos se había quedado.
 Athos sondeó hasta lo más hondo el pensamiento de Aramis, subterfugio e intriga viviente, y vio como en un libro abierto que el prelado le ocupaba y preocupaba algún proyecto de importancia. Luego consideró en su corazón, y se preguntó a su vez por qué D'Artagnan se saliera tan aprisa y por manera tan singular de la Bastilla, dejando allí un preso tan mal introducido y peor inscrito en el registro.
 Pero sigamos a D'Artagnan que, al subirse otra vez en su carroza, gritó al oído del cochero:

—¡A PALACIO Y A ESCAPE!

Lo que pasaba en el Louvre durante la cena de la Bastilla

Saint-Aignán, por encargo del rey, había visto a La Valière: pero por mucha que fuese su elocuencia, no pudo persuadir a Luisa de que el rey tuviese un protector tan poderoso como eso, y de que no necesitaba de persona alguna en el mundo cuando tenía de su parte al soberano.

En efecto, no bien hubo el confidente manifestado que estaba descubierto el famoso secreto, cuando Luisa, deshecha en llanto, empezó a lamentarse y a dar muestras de un dolor que no le habría hecho mucha gracia al rey si hubiese podido presenciar la escena.

Saint-Aignán, embajador, se lo contó todo al rey con todos sus pelos y señales.

—Pero bien—repuso Luis cuando Saint-Aignán se hubo explicado, —¿qué ha resuelto Luisa? ¿La veré a lo menos antes de cenar? ¿Vendrá o será menester que yo vaya a su cuarto?

—Me parece, Sire, que si deseáis verla, no solamente deberéis dar los primeros pasos, mas también recorrer todo el camino.

—¡Nada para mí! ¡Ah! ¡muy hondas raíces tiene echadas en su corazón ese Bragelonne! —dijo el soberano.

—No puede ser eso que decís, Sire, porque —Sí, Sire, pero...

—¿Qué? —interrumpió con impaciencia el monarca.

—Pero advirtiéndome que, de no hacerlo yo, lo arrestaría vuestro capitán de guardias.

—¿No os dejaba en buen lugar desde el instante en que no os obligaba?

—Sí a mí, Sire, pero no a mi amigo.

—¿Por qué no?

—Es más claro que la luz, porque fuese arrestado por mí o por el capitán de guardias, para mi amigo el resultado era el mismo.

—¿Y esa es vuestra devoción, señor de D'Artagnan? ¿una devoción que razona y escoge? Vos no sois soldado. —Espero que Vuestra Majestad me diga qué, soy.

—¡Un frondista!

—En tal caso desde que se acabó la Fronda, Sire...

—¡Ah! Si lo que decís es cierto...

—Siempre es cierto lo que digo, Sire.

—¿A qué habéis venido? Vamos a ver.

—A deciros que el señor conde de La Fere está en la Bastilla.

—No por vuestro gusto, a fe mía.

—Es verdad, Sire: pero está allí, y pues allí está, importa que Vuestra Majestad lo sepa.

—¡Señor de D'Artagnan ¡estáis provocando a vuestro rey!

—Sire...

—¡Señor de D'Artagnan! ¡estáis abusando de mi paciencia!

—Al contrario, Sire.

—¿Cómo! ¿al contrario decís?

—Sí, Sire: porque he venido para hacer que también me arresten a mí.

—¡Para que os arresten a vos!

—Está claro. Mi amigo va a aburrirse en la Bastilla; por lo tanto, suplico a Vuestra Majestad me dé licencia para ir a hacerle compañía. Basta que Vuestra Majestad pronuncie una palabra para que yo me arreste a mí mismo; yo os respondo de que para eso no tendré necesidad del capitán de guardias. El rey se abalanzó a su bufete y tomó la pluma para dar la orden de aprisionar a D'Artagnan,

—¡No olvidéis que es para toda la vida! —exclamó el rey con acento de amenaza.

—Ya lo supongo —repuso el mosquetero; —porque una vez hayáis cometido ese abuso, nunca jamás os atreveréis a mirarme cara a cara,

—¡Marchaos! —gritó el monarca, arrojando con violencia la pluma.

—No, si os place, Sire.

—¿Cómo que no!

—He venido para hablar persuasivamente con el rey, y es triste que el rey se haya dejado llevar de la cólera; pero no por eso dejaré de decir a Vuestra Majestad lo que tengo que decirle.

—¡Vuestra dimisión! ¡vuestra dimisión! —gritó el soberano.

—Sire —replicó D'Artagnan, —ya sabéis que no estoy apegado a mi empleo; en Blois os ofrecí mi dimisión el día en que negasteis al rey Carlos el millón que le regaló mi amigo el conde La Fere. —Pues venga inmediatamente.

—No Sire, porque no es mi dimisión lo que ahora estamos ventilando. ¿No ha tomado Vuestra Majestad la pluma para enviarme a la Bastilla? ¿Por qué, pues, muda de consejo Vuestra Majestad?

—¡D'Artagnan! ¡gascón testarudo! ¿quién es el rey aquí? ¿vos o yo?

—Vos, Sire, por desgracia.

—¡Por desgracia!

—Sí, Sire, porque de ser yo el rey...

—Aplaudiríais la rebelión del señor de D'Artagnan, ¿no es así?

—¡No había de aplaudirla!

—¿De veras? —dijo Luis XIV encogiendo los hombros.

—Y —continuó D'Artagnan, —diría a mi capitán de mosqueteros, mirándole con ojos humanos y no con esas ascuas: “Señor de D'Artagnan, he olvidado que soy el rey: he bajado de mi trono para ultrajar a un caballero”.

—¿Y vos estimáis que es excusar a vuestro amigo el sobrepujarlo en insolencia? —prorrumpió Luis.

—¡Ah! Sire —dijo D'Artagnan, —yo no me quedaré en los términos que él, y vuestra será la culpa. Yo voy a deciros lo que él, el hombre delicado por excelencia, no os ha dicho; yo os diré: Sire, habéis sacrificado a su hijo, y él defendía a su hijo; lo habéis sacrificado a él, siendo así que os hablaba en nombre de la religión y la virtud, y lo habéis apartado, aprisionado. Yo seré más inflexible que él, Sire, y os diré: Sire, elegid. ¿Queréis amigos o lacayos? ¿soldados o danzantes de reverencias? ¿grandes hombres o muñecos? ¿queréis que os sirvan o que ante vos se dobleguen? ¿que os amen o que os teman? Si preferís la bajeza, la intriga, la cobardía, decidlo, Sire; nosotros, los únicos restos, qué digo, los únicos modelos de la valentía pasada, nos retiraremos, después de haber servido y quizá sobrepujado en valor y mérito a hombres ya resplandecientes en el cielo de la posteridad. Elegid, Sire, y pronto. Los contados grandes señores que os quedan, guardadlos bajo llave; nunca os faltarán cortesanos. Apresuraos, Sire, y enviadme a la Bastilla con mi amigo; porque si no habéis escuchado al conde de La Fere, es decir la voz más suave y más noble del honor, ni escucháis a D'Artagnan, esto es, la voz más franca y ruda de la sinceridad, sois un mal rey, y mañana seréis un rey irresoluto; y a los reyes malos se les aborrece, y a los reyes irresolutos se les echa. He ahí lo que tenía que deciros, Sire: muy mal habéis hecho al llevarme hasta ese extremo. Luis XIV se dejó caer frío y pálido en su sillón; era evidente que un rayo que le hubiese caído a los dos no le habría causado más profundo asombro: no parecía sino que iba a expirar. Aquella ruda voz de la sinceridad, como la llamó D'Artagnan, le entró en el corazón cual la hoja de un puñal.

D'Artagnan había dicho cuanto tenía que decir, y haciéndose cargo de la cólera del rey, desenvainó lentamente, se acercó con el mayor respeto a Luis XIV, y dejó sobre el bufete su espada, que casi al mismo instante rodó por el suelo impelida por un ademán de furia del rey, hasta los pies de D'Artagnan.

Por mucho que fuese el dominio que sobre él tenía, el mosquetero palideció a su vez, y temblando de indignación, exclamó: —Un rey puede retirar su favor a un soldado, desterrarlo, condenarlo a muerte; pero aunque fuese cien veces rey, no tiene derecho a insultarlo deshonrando su espada. Sire, nunca en Francia ha habido rey alguno que haya repelido con desprecio la espada de un hombre como yo. Está espada mancillada ya no tiene otra vaina que mi corazón o el vuestro, y dad gracias a Dios y a mi paciencia de que escoja el mío. Y abalanzándose a su espada, añadió: Sire, caiga mi sangre sobre vuestra cabeza.

Y apoyando en el suelo la empuñadura de su espada, D'Artagnan se precipitó con rapidez sobre la punta, dirigida contra su pecho. El rey hizo un movimiento todavía más veloz que el de D'Artagnan, rodeó el cuello de éste con el brazo derecho, y tomando con la mano izquierda la espada por la mitad de la hoja, la envainó silenciosamente, sin que el mosquetero, envarado, pálido y todavía tembloroso, le ayudase para nada.

Entonces, Luis XIV, enternecido, se sentó de nuevo en el bufete, tomó la pluma, trazó algunas líneas, echó su firma al pie de ellas, y tendió la mano al capitán.

—¿Qué es ese papel, Sire? —preguntó el mosquetero.

—La orden al señor de D'Artagnan de que inmediatamente ponga en libertad al señor conde de La Fere.

D'Artagnan asió la mano del rey y se la besó; luego dobló la orden, la metió en su pechera y salió, sin que él ni su majestad hubiesen articulado palabra.

—¡Oh corazón humano! ¡norte de los reyes! —murmuró Luis cuando estuvo solo. —¿Cuándo leeré en tus senos como en un libro abierto? No, yo no soy un rey malo ni irresoluto, pero todavía soy un niño.

UN NEGOCIO ARREGLADO POR M. DE D'ARTAGNAN

D'Artagnan había prometido a Baisemeaux estar de vuelta a los postres, y cumplió su palabra.

Athos y Aramis se habían mostrado tan cautos, que ninguno de los dos pudo leer en el pensamiento del otro. Cenaron, hablaron largo y tendido de la Bastilla, del último viaje a Fontainebleau y de la próxima fiesta que Fouquet debía dar en Vaux.

D'Artagnan llegó en lo más recio de la conversación, todavía pálido y conmovido de la suya con el rey.

Athos y Aramis notaron la emoción de D'Artagnan; pero Baisemeaux solamente vio al capitán de los mosqueteros del rey, y se apresuró a agasajarlo porque, para el gobernador, el codearse con el rey implicaba un derecho a todas sus atenciones.

Con todo aunque Aramis notó la emoción de D'Artagnan, no pudo calar la causa de ella. Solamente a Athos le pareció haberla profundizado. Para éste el regreso de D'Artagnan y sobre todo el trastorno del hombre impasible, significaba que su amigo había pedido algo al rey, pero en vano Athos, pues, plenamente convencido de estar en lo firme, se levantó de la mesa, y con faz risueña hizo una seña a D'Artagnan, como para recordarle que tenía otra cosa que hacer que no cenar juntos.

D'Artagnan comprendió y correspondió con otra seña, mientras Aramis y Baisemeaux, al presenciar aquel mudo diálogo, se interrogaban mutuamente con la mirada.

Athos pensó que le tocaba explicar lo que pasaba, y dijo sonriéndose con dulzura: —La verdad es, amigos míos, que vos, Aramis, acabáis de cenar con un reo de Estado y vos, señor de Baisemeaux, con uno de vuestros presos.

Baisemeaux lanzó una exclamación de sorpresa y casi de alegría; tal era el amor propio que de su fortaleza, de su Bastilla, tenía el buen sujeto.

—¡Ah! mi querido Athos —repuso Aramis poniendo una cara apropiada a las circunstancias, —casi me he temido lo que decís. Alguna indiscreción de Raúl o de La Valiére, ¿no es verdad? Y vos, como gran señor que sois, olvidando que ya no hay sino cortesanos, os habéis visto con el rey y le habéis dicho cuántas son cinco.

—Adivinado, amigo mío.

—De manera —dijo Baisemeaux, no teniéndolas todas consigo por haber cenado tan familiarmente con un hombre que había perdido el favor de Su Majestad; —de manera que, señor conde...

—De manera, mi querido señor gobernador —repuso Athos, —que el señor de D'Artagnan va a entregaros ese papel que asoma por su colete, y que, de fijo, es mi auto de prisión.

Baisemeaux tendió la mano con agilidad.

En efecto, D'Artagnan sacó dos papeles de su pechera y entregó uno al gobernador. Este lo desdobló y lo leyó a media voz, mirando al mismo tiempo y por encima de él a Athos e interrumpiéndose a cada punto.

—“Ordeno y mando que encierren en mi fortaleza de la Bastilla.” Muy bien... “En mi fortaleza, de la Bastilla... al señor conde de La Fer”. ¡Ah! caballero, ¡qué dolorosa honra para mí el teneros bajo mi guardia!

—No podíais hallar un preso más paciente —contestó Athos con voz suave y tranquila.

—Preso que no permanecerá mucho tiempo aquí —exclamó D'Artagnan exhibiendo el segundo auto, — porque ahora, señor de Baisemeaux, os toca copiar este otro papel y poner inmediatamente en libertad al conde.

—¡Ah! me ahorráis trabajo, D'Artagnan —dijo Aramis estrechando de un modo significativo la mano del mosquetero y la de Athos.

—¡Cómo! —exclamó con admiración éste último, —¿el rey me da la libertad?

—Leed, mi querido amigo —dijo D'Artagnan.

—Es verdad —repuso el conde después de haber leído el documento.

—¿Os duele? —preguntó el gascón.

—No, lo contrario. No deseo ningún mal al rey, y el peor mal que uno puede desear a los reyes, es que cometan una injusticia. Pero habéis sufrido un disgusto, no lo neguéis.

—¿Yo? —dijo el mosquetero riéndose, —ni por asomo. El hace cuanto quiero.

Aramis miró a D'Artagnan y vio que mentía, pero Baisemeaux no miró más que al hombre, y se quedó pasmado, mudo de admiración ante aquel que conseguía del rey lo que se le antojaba.

—¿Destierra a Athos Su Majestad? —preguntó Aramis.

—No; sobre el particular el rey no ha dicho una palabra —repuso D'Artagnan; —pero tengo para mí que lo mejor que puede hacer el conde, a no ser que se empeñe en dar las gracias a Su Majestad...

—No —respondió Athos.

—Pues bien, lo mejor que, en mi concepto, puede hacer el conde —continuó D'Artagnan, —es retirarse a su castillo. Por lo demás, mi querido Athos, hablad, pedid; si preferís una residencia a otra me comprometo a dejar cumplidos vuestros deseos.

—No, gracias —contestó Athos; —lo más agradable para mí es tomar a mi soledad a la sombra de los árboles, a orillas del Loira. Si Dios es el médico supremo de los males del alma, la naturaleza es el remedio soberano. ¿Conque estoy libre, caballero? —añadió Athos volviéndose hacia el señor de Baisemeaux.

—Sí, señor conde, a lo menos así lo creo y espero —añadió el gobernador volviendo y revolviendo los dos papeles; —a no ser, sin embargo, que el señor de D'Artagnan traiga otro auto.

—No, mi buen Baisemeaux —dijo el mosquetero, —hay que atenernos al segundo y no pasar por ahí.

—¡Ah! señor conde —dijo el gobernador dirigiéndose a Athos, —no sabéis lo que—perdéis. Os hubiera puesto a treinta libras como los generales; ¡qué digo! a cincuenta, como los príncipes, y habríais cenado todas las noches como habéis cenado ahora.

—Dejad que prefiera mi medianía, caballero —replicó Athos. Y volviéndose hacia D'Artagnan, dijo: —Vámonos, amigo mío,.

—Vámonos —repuso D'Artagnan.

—¿Me cabría la inefable dicha de teneros por compañero de viaje, amigo mío? —preguntó Athos al mosquetero.

—Tan sólo hasta la puerta —respondió el gascón; —después de lo cual os diré lo que he dicho al rey, esto es, que estoy de servicio.

Y vos, mi querido Aramis —preguntó al conde sonriéndose, —me acompañáis? La Fere está en el camino de Vannes.

—No, amigo mío —respondió el prelado; —esta noche tengo una cita en París, y no puedo alejarme sin que se resientan graves intereses.

—Entonces, —dijo Athos, —dejad que os abrace y me vaya. Señor de Baisemeaux, gracias por vuestra buena voluntad, y, sobre todo, por la muestra que de lo que se come en la Bastilla me habéis dado.

Athos abrazó a Aramis y estrechó la mano del gobernador, que le desearon el más feliz viaje, y salió con D'Artagnan.

Mientras en la Bastilla tenía su desenlace la escena iniciada en palacio, digamos lo que pasaba en casa de Athos y en la de Bragelonne.

Como hemos visto, Grimaud acompañó a su amo a París, asistió a la salida de Athos, vio cómo D'Artagnan se mordía los bigotes, y cómo su amo subía a la carroza, después de haber interrogado la fisonomía de los dos amigos, a quienes conocía de fecha bastante larga para haber comprendido al través de la máscara de su impasibilidad, que pasaba algo gravísimo.

Grimaud recordó la singular manera con que su amo le dijera adiós, la turbación, imperceptible para cualquiera otro, de aquel hombre de tan claro entendimiento y de voluntad tan inquebrantable. Grimaud sabía que Athos no se había llevado más que la ropa puesta, y, sin embargo, le pareció que Athos no partía por una hora, ni por un día.

—Comprendo el enigma —dijo Grimaud. —La muchacha ha hecho de las suyas. Lo que dicen de ella y del rey es verdad. Mi joven amo ha sido engañado. ¡Ah! ¡Dios mío! El señor conde ha ido a ver al rey y le ha dicho de una hasta ciento, y luego el rey ha enviado al señor de D'Artagnan para que arreglara el asunto... ¡el conde ha regresado sin espada!

Semejante descubrimiento hizo subir el sudor a la frente del honrado Grimaud; el cual, dejándose de más conjetura, se puso el sombrero y se fue volando a casa de Raúl.

EN DONDE PORTHOS SE CONVENCE SIN HABER COMPRENDIDO

El digno Porthos, fiel a las leyes de la caballería antigua, se decidió a aguardar a Saint-Aignán hasta la puesta del sol. Y como Saint-Aignán no debía comparecer y Raúl se había olvidado de avisar a su padrino, y la centinela empezaba a ser más larga y penosa, Porthos se hizo servir por el guarda de una puerta algunas botellas de buen vino y carne, para tener a lo menos la distracción de hacer saltar de tiempo en tiempo un corcho y tirar un bocado. Y había llegado a las últimas migajas, cuando Raúl y Grimaud llegaron a escape.

Al ver venir por el camino real a aquellos dos jinetes, Porthos creyó que eran Saint-Aignán y su padrino. Pero en vez de Saint-Aignán, sólo vio a Raúl, el cual se le acercó haciendo desesperados gestos y exclamando:

—¡Ah! ¡mi querido amigo! perdonadme, ¡qué infeliz soy!

—¡Raúl! —dijo Porthos.

—¿Estáis enojado contra mí? —repuso el vizconde abrazando a Porthos.

—¿Yo? ¿por qué?

—Por haberos olvidado de ese modo. Pero ¡ay! tengo trastornado el juicio.

—¡Bah!

—¡Si supieseis, amigo mío!

—¿Lo habéis matado?

—¿A quién?
—A Saint-Aignán.
—¡Ay! no me refiero a Saint-Aignán.
—¿Qué más ocurre?
—Que en la hora es probable que el señor conde de La Fere esté arrestado.
—¡Arrestado! ¿por qué? —exclamó Porthos haciendo un ademán capaz de derribar una pared.
—Por D'Artagnan.
—No puede ser —dijo el coloso.
—Sin embargo, es la pura verdad —replicó el vizconde.
Porthos se volvió hacia Grimaud como quien necesita una segunda afirmación, y vio que el fiel criado de Athos le hacía una señal con la cabeza.
—¿Y adónde lo han llevado? —preguntó Porthos.
—Probablemente la Bastilla.
—¿Qué os lo hace creer?
—Por el camino hemos interrogado a algunos transeúntes que han visto pasar la carroza, a otros que la han visto entrar en la Bastilla.
—¡Oh! ¡oh! —repuso Porthos adelantándose dos pasos.
—¿Qué decís? —preguntó Raúl.
—¿Yo? nada: pero no quiero que Athos se quede en la Bastilla.
—¿Sabéis que han arrestado al conde por orden del rey? —dijo el vizconde acercándose a su amigo.
Porthos miró a Bragelonne como diciéndole: “¿Y a mí qué?” Mudo lenguaje que le pareció tan elocuente a Raúl, volvió a subirse a caballo, mientras el coloso hacía lo mismo con ayuda de Grimaud.
—Tracemos un plan —dijo el vizconde.
—Esto es —repuso Porthos, —tracemos un plan. —Y al ver que Raúl lanzaba un suspiro y se detenía repentinamente, añadió: —¡Qué! ¿desmayáis?
—No, lo que me ataja es la impotencia. ¿Por ventura los tres podemos apoderarnos de la Bastilla?
—Sí D'Artagnan estuviese allí, no digo que no —repuso Porthos.
Raúl quedó mudo de admiración ante aquella confianza heroica de puro candorosa. ¿Conque en realidad vivían aquellos nombres célebres que en número de tres o cuatro embestían contra un ejército o atacaban una fortaleza?
—Acabáis de inspirarme una idea, señor de Vallón —dijo el vizconde, —es necesario de toda necesidad que veamos al señor de D'Artagnan.
—Sin duda.
—Debe de haber conducido ya a mi padre a la Bastilla y, por consiguiente, estar de regreso en su casa.
—Primeramente informémonos en la Bastilla —dijo Grimaud, que hablaba poco, pero bien.
Los tres llegaron ante la fortaleza a tiempo que Grimaud pudo divisar cómo doblaba la gran puerta del puente levadizo la carroza que conducía a D'Artagnan de regreso de palacio.
En vano Raúl espoleó su cabalgadura para alcanzar la carroza y ver quién iba dentro. Aquella ya se había detenido allende la puerta grande, que volvió a cerrarse, mientras un guardia francés de centinela daba con el mosquete en el hocico del caballo del vizconde, el cual volvió grupas, satisfecho de saber a qué atenerse respecto de la presencia de aquella carroza que encerrara a su padre.
Ya lo hemos atrapado —dijo Grimaud.
—Como estamos seguros de que va a salir, aguardemos, ¿no es verdad, señor de Vallón? —dijo Bragelonne.
—A no ser también que D'Artagnan esté preso —replicó Porthos; —en cuyo caso todo está perdido.
Raúl, que conoció que todo era admisible, nada respondió a las palabras de Porthos; lo único que hizo fue encargar a Grimaud que, para no dar sospechas condujese los caballos a la callejuela de Juan Beausire, mientras él con su penetrante mirada atisbaba la salida de D'Artagnan o de la Carroza.
Fue lo mejor, pues apenas transcurridos veinte minutos, volvieron a abrir la puerta y apareció de nuevo la carroza. ¿Quiénes iban en ella? Raúl no pudo verlo por habérselo privado un deslumbramiento, pero Grimaud afirmó haber visto a dos personas, una de las cuales era su amo.
Porthos miró a Bragelonne y al lacayo para adivinar qué pensaban.
—Es cierto —dijo Grimaud, —que si el señor conde está en la carroza, es porque lo han puesto en libertad, o lo trasladan a otra prisión.
—El camino que emprenden nos lo dirá—repuso Porthos.
—Si lo han puesto en libertad —continuó Grimaud, —lo conducirán a su casa.

—Es verdad —dijo el gigante.

—Pues la carroza no toma tal dirección —exclamó el vizconde. En efecto, los caballos acababan de internarse en el arrabal de San Antonio.

—Corramos —dijo Porthos —ataquemos la carroza una vez en la carretera, y digamos a Athos que se ponga a salvo.

—A eso llaman rebelión, —murmuró el vizconde.

Porthos lanzó a su joven amigo una segunda mirada digna hermana de la primera, a la cual respondió el vizconde arreando a su cabalgadura.

Poco después los jinetes dieron alcance a la carroza. D'Artagnan, que siempre tenía despiertos los sentidos, oyó el trote de los corceles en el momento en que Raúl decía a Porthos que se adelantasen a la carroza para ver quién era la persona a la cual acompañaba D'Artagnan.

Porthos obedeció, pero como las cortinillas estaban corridas, nada pudo ver.

La rabia y la impaciencia dominaban a Bragelonne, que al notar el misterio de que se rodeaban los compañeros de Athos, resolvió atropellar por todo.

D'Artagnan por su parte, conoció a Porthos y a Raúl, y comunicó a Athos el resultado de su observación. Athos y D'Artagnan se proponían ver si Raúl y Porthos llevarían las cosas al último extremo.

Y así fue. Bragelonne empuñó una pistola, se abalanzó al primer caballo de la carroza, e intimó al cochero que parase, Porthos dio un golpe y lo quitó de su sitio, y Grimaud se asió a la portezuela.

—¡Señor conde! ¡señor conde! —exclamó Bragelonne abriendo los brazos.

—¿Sois vos, Raúl? —dijo Athos ebrio de alegría.

—¡No está mal! —repuso D'Artagnan echándose a reír.

Y los dos abrazaron a Porthos y a Bragelonne, que se habían apoderado de ellos.

—¡Mi buen Porthos! ¡mi excelente amigo! —exclamó el conde de La Fere; —¡siempre el mismo!

—Todavía tiene veinte años —dijo D'Artagnan. —¡Bravo, Porthos!

—¡Diantre! —repuso el barón un tanto cortado, —hemos creído que os habían preso.

—Ya lo veis —replicó Athos, —todo se reducía a un paseo en la carroza del señor de D'Artagnan.

—Os seguimos desde la Bastilla —replicó el vizconde con voz de duda y de reconvención.

—Adonde hemos ido a cenar con el buen Baisemeaux —dijo el mosquetero.

—Allí hemos visto a Aramis.

—¿En la Bastilla?

—Ha cenado con nosotros.

—¡Ah! —exclamó Porthos respirando.

—Y nos ha dado mil curiosos recuerdos para vos.

—Gracias.

—¿Adónde va el señor conde? —preguntó Grimaud, as quien su amo recompensara ya con una sonrisa.

—A Blois, a mi casa.

—¿Así en derechura?

—Desde luego.

—¿Sin equipaje?

—Ya se habría encargado Raúl de enviármelo o llevármelo al volver a mi casa, si es que a ella vuelve.

—Si ya no lo detiene en París asunto alguno, hará bien en acompañarnos, Athos —dijo D'Artagnan acompañando sus palabras de una mirada firme y cortante como una cuchilla y dolorosa como ella, pues volvió a abrir las heridas del desventurado joven.

—Nada me detiene en París—repuso Bragelonne.

—Pues partamos —exclamó Athos inmediatamente.

—¿Y el señor de D'Artagnan?

—Sólo acompañaba a Athos hasta aquí; me vuelvo a París con Porthos.

—Corriente —dijo éste.

Acercaos, hijo mío —añadió el conde ciñendo suavementay con su brazo el cuello de Raúl para atraerlo a la carroza, y dándole un nuevo beso. Y volviéndose hacia Grimaud, prosiguió —Oye, te vuelves a París con tu caballo y el del señor de Vallón; Raúl y yo subimos a caballo aquí, y dejamos la carroza a esos dos caballeros para que tornen a la ciudad. Una vez en mi casa, reúne mis ropas y mis cartas, y envíamelas a Blois.

—Señor conde —dijo Raúl, que ardía en deseos de hacer hablar a su padre, —ved que si volvéis a París no hallaréis en vuestra casa ropa blanca ni cuanto es necesario, y eso os será por demás incómodo.

—Creo que tardaré mucho tiempo en volver, Raúl. Nuestra última estancia en París no me alienta a volver.

Raúl bajó la cabeza y no habló más.

Athos se bajó de la carroza y montó el caballo de Porthos.

Después de mil abrazos y apretones de manos, y de reiteradas protestas de amistad imperecedera, y de haber Porthos prometido pasar un mes en casa de Athos tan pronto se lo permitieran sus ocupaciones, y Atagnan ofrecido aprovechar su primera licencia, este último abrazó a Raúl por la postrera vez, y le dijo:

—Hijo mío, te escribiré.

¡Qué no significaban estas palabras de D'Artagnan, que nunca escribía! A ellas, el vizconde se sintió enternecido, y, no pudiendo refrenar las lágrimas, se soltó de las manos del mosquetero y partió.

D'Artagnan, subió a su carroza, en la cual ya se había instalado Porthos.

—¡Qué día, mi buen amigo! —exclamó el gascón.

—Ya podéis decirlo —replicó Porthos.

—Debéis estar quebrantado.

—No mucho. Sin embargo, me acostaré temprano, a fin de estar mañana en buenas disposición.

—¿Para qué?

—Para dar fin a lo que he empezado.

—Me dais calambres, amigo mío. ¿Qué diablos habéis empezado que no esté concluido?

—¡Hombre! como Raúl no se ha batido, fuerza es que yo me bata.

—¿Con quién? ¿con el rey?

—¡Como con el rey! —exclamó Porthos, en el colmo de la estupefacción.

—Con el rey he dicho.

—¡Ca, hombre! con quien voy a batirme yo es con Saint-Aignán, lo hacéis contra el rey.

—¿Estáis seguro de lo que afirmáis? —repuso Porthos abriendo desmesuradamente los ojos.

—¡No he de estarlo!

—¿Pues cómo se arregla eso?

—Ante todo veamos de cenar bien, y os íño que la mesa del capitán de mosqueteros es agradable. A ella veréis sentado al gentil Saint-Aignán, y beberéis a su salud.

—¿Yo? —exclamó con horror el coloso.

—¡Cómo! ¿os negáis a beber a la salud del rey?

—Pero ¿quién diablos os habla del rey? Os hablo de Saint-Aignán.

—Es lo mismo —replicó D'Artagnan.

—Así es distinto —repuso Porthos vencido.

—Me habéis comprendido, ¿no es verdad?

—No —respondió Porthos, —pero lo mismo da.

—Decís bien, lo mismo da —dijo D'Artagnan: —vámonos a cenar.

LA SOCIEDAD DE BAISEMEAUX

No ha olvidado el lector que D'Artagnan y el conde de La Fere, al salir de la Bastilla, dejaron en ella y a solas a Aramis y a Baisemeaux.

Baisemeaux tenía por verdad inconcusa que el vino de la Bastilla era excelente, era capaz de hacer hablar a un hombre de bien: pero no conocía a Aramis, el cual conocía como a sí mismo al gobernador, y contaba hacerle hablar por el sistema que este último tenía por eficaz.

Si no en apariencia, la conversación decaía, pues Baisemeaux hablaba únicamente de la singular prisión de Athos, seguida inmediatamente la orden de remisión.

Aramis no era hombre para molestarse por cosa alguna, y ni siquiera había dicho aun a Baisemeaux por qué estaba allí.

Así es que el prelado le interrumpió de improviso exclamando:

—Decidme, mi buen señor de Baisemeaux, ¿no tenéis en la Bastilla más distracciones que aquellas a que he asistido las dos o tres veces que os he visitado?

El apóstrofe era tan inesperado, que el gobernador quedó aturdido.

—¿Distracciones? —dijo Baisemeaux. —Continuamente las tengo, monseñor.

—¿Qué clase de distracciones son esas?

—De toda especie.

—¿Visitas?

—No, monseñor; las visitas no son comunes en la Bastilla.

—¡Ah! ¿son raras las visitas?

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

